

Homenaje a Eduardo de la Rica

José Luis Muñoz

En los preparativos del III Congreso, nos planteamos, desde la Diputación y yo mismo, tras comentar la idea con algunos compañeros, hacer un homenaje público a Eduardo de la Rica, en estos momentos el decano de los escritores conquenses, pero también (y sobre todo) una figura ejemplar, desde la dimensión humana y desde la literaria. El proyecto, así concebido y luego desarrollado, preveía la presencia física del protagonista y así, en principio, pareció posible, pese a su avanzada edad. El mismo Eduardo acogió con buen humor la iniciativa y aunque, en el arranque de humildad propio de su carácter, pretendió inicialmente esquivarla, luego se mostró propicio e incluso dispuesto a estar presente en el acto, previsto como cierre del congreso. Pero a medida que se fueron acercando las fechas de la reunión, aquel empuje inicial fue decayendo hasta, finalmente, imponerse la fuerza de la realidad vinculada a las dificultades físicas que acompañan a nuestro nonagenario compañero. De ese modo, la presencia de Eduardo de la Rica en el salón estuvo marcada por un gran (excelente) retrato realizado por Santiago Torralba mientras que el homenaje fue recibido, en su nombre, por su sobrina Ana, a quien el presidente de la Diputación, Juan Ávila, entregó una magnífica obra realizada por el artista Jesús Ortega. Seguidamente, nos trasladamos a la casa familiar y allí el presidente tuvo ocasión de ratificar a Eduardo de la Rica el sentimiento de afecto y respeto con que todos los escritores conquenses querían unirse a su persona en esos momentos.

En la introducción del acto, en la Diputación Provincial, pronuncié las siguientes palabras en las que quise resumir los pensamientos de quienes nos dedicamos al oficio de escribir:

Quisiera ser original en estas palabras, pero no puedo sustraerme al recuerdo (al fin y al cabo, estos días hablamos de la memoria) de un título con el que Federico Muelas encabezaba uno de sus artículos en el viejo Ofensiva: A Eduardo de la Rica, que tiene libertad, sonrisa y perro. Hace tiempo que Eduardo abandonó el último elemento de esa trilogía, pero los otros dos, la libertad y la sonrisa los mantiene con absoluta vigencia hasta hoy, cuando acaba de cumplir 95 años.

Ese dato le convierte en el decano de los escritores conquenses, pero no es solo eso, naturalmente, lo que justifica que quienes estamos en la organización de este congreso hayamos pensado en la conveniencia, la necesidad, de homenajear a este escritor ejemplar.

*Desde su niñez mostró interés por el dibujo, la lectura y, sobre todo el cine, el gran invento casi en sus inicios entonces. A través de esas vías acumuló una sólida cultura que ha ido enriqueciendo durante toda su vida, a pesar de que una tendencia innata al retraimiento le ha alejado, sobre todo en las últimas décadas, de boatos y ceremonias. Funcionario del Estado, destinado en la delegación de Hacienda, a mediados de la década de los 50 participa en la publicación de **Gárgola**, una hermosa aventura literaria pronto frustrada, pero a la que sigue otra no menos atractiva: **El Molino de Papel**, que nace en 1955 bajo el impulso colectivo de Andrés Vaca Page, Amable Cuenca, Miguel Valdivieso y el propio Eduardo de la Rica, que a partir del número 13 queda como único responsable de la edición, a la que hizo cumplir, con un enorme esfuerzo personal, el número 50 y último.*

Ese trabajo, esa dedicación, reconocida y valorada unánimemente, ha hecho olvidar, o capitidismuir, el notable valor que, como poeta, tiene el propio Eduardo de la Rica, sin duda una de las voces más valiosas de nuestra literatura, si bien íntima, alejada de cualquier cosa que tenga que ver con la publicidad y el protocolo. "En sus versos se han señalado influencias como la de la poesía pura juanrramoniana o la de algunos autores del 27 (Jorge Guillén, sobre todo), pero su fuente de inspiración más

fecunda hay que buscarla, quizá, en T.S. Eliot, de quien tomó una cierta tendencia a mezclar imágenes reales con elementos o símbolos que sólo se pueden explicar en clave personal y desde el mundo del inconsciente” [Priego-Silva].

Personalmente me cabe la satisfacción de haber vivido junto a Eduardo de la Rica experiencias íntimas de enorme valor sentimental para mí, desde el día que fundamos el Cine-Club Chaplin, que se llama así porque él sugirió ese nombre, hasta haber sido el editor de su último libro, Tiempos y aire de Cuenca, publicado en 1997.

Cuando hace un par de semanas le llamé para explicarle que preparábamos este homenaje, le encontré ilusionado y dispuesto a estar presente aquí hoy, salvando todas las dificultades derivadas de su situación personal. Con el paso de los días, esas dificultades han impuesto una realidad insoslayable y finalmente debemos aceptar su ausencia obligada, sustituida por la presencia de la fotografía que nos ha acompañado durante este congreso. Esta tarde nos desplazaremos a su casa y le entregaremos el cuadro de Jesús Ortega, con una sencilla dedicatoria del colectivo de escritores conquenses.

Y, en efecto, como recoge el último párrafo, seguidamente nos trasladamos al domicilio de Eduardo de la Rica y allí el presidente de la Diputación, Juan Ávila, le hizo entrega de la obra de José Ortega preparada para la ocasión y que, previamente, en forma simbólica, había sido entregada a su sobrina Ana en el momento final y quizá más emotivo de este III Congreso de Escritores Conquenses.

*** Obra publicada**

Lunes, 12 (Guadalajara, 1958)

Dimensiones (Bilbao, 1959)

Tiempo universal (Cuenca, 1961)

Poemas (Lisboa, 1963)

Tres poemas heterogéneos (Palma de Mallorca, 1966)

Signos de lo real y surreal (Cuenca, 1993)

Tiempos y aire de Cuenca (Cuenca, 1997)